



Foto: babello.com

Gilles Clément,

Este veterano jardinero francés es uno de los paisajistas más célebres y respetados de Francia. Creador de jardines públicos que se han vuelto emblemáticos (parque André Citroën, jardín del museo del Quai Branly, en París, entre otros), su trabajo se asienta en tres conceptos que ha elaborado a partir de su experiencia profesional y de vida junto con sus viajes de investigación a lo largo del mundo: el jardín en movimiento, el

jardín planetario y el Tercer Paisaje. Sus obras comparten la autoría con la dinámica propia de la naturaleza que rediseña el jardín gracias al perpetuo movimiento de las plantas en el espacio y en el tiempo. Revisando textos suyos, charlas y entrevistas en diversos medios de difusión, seleccionamos pasajes que sintetizan sus ideas junto con fragmentos que revelan los momentos y circunstancias biográficas que les dieron origen.



Argenton-sur-Creuse. Foto: Phillip Capper



Crozant. Foto: cghml.fr

Ingeniero agrónomo hortícola, botánico, paisajista, entomólogo, docente de la Escuela Nacional Superior de Paisajismo de Versailles, ensayista. Sin embargo, el título u oficio con el que más se identifica es el de jardinero. ¿Por qué?

«Digo que soy jardinero porque meto las manos en la tierra. Y porque de todos los oficios que se ocupan del espacio, el de jardinero es el que trabaja con la materia viva».

Meter las manos en la tierra era lo que le gustaba cuando niño y adolescente en la casa paterna, en Argenton-sur-Creuse, un pueblo de la región Centro de Francia. Dar vuelta la tierra, sembrar,

cosechar. En el liceo una profesora de ciencias naturales le habló del oficio de paisajista y se entusiasmó, atraído por la idea de explorar el universo vegetal que le parecía tan misterioso. Se formó en ingeniería hortícola (1967) y diseño de paisajes (1969) en la Escuela Nacional Superior de Versailles, en una época fermental del mundo universitario francés. Cuando empezó a trabajar en su especialidad, pronto se dio cuenta de que le interesaba más la naturaleza viva que la materia inerte, más el oficio de jardinero que el de arquitecto.

«Un arquitecto puede hacer un paisaje de hormigón y metal, el jardinero trabaja con seres vivos. Incluso hay

diseñadores del paisaje que no conocen las plantas, son más bien escultores, constructores. A diferencia de un arquitecto, el jardinero tiene por aliado al tiempo, que reinventa el paisaje. Todo lo que edificamos y que está hecho de materia inerte está destinado a desaparecer. Mientras que el destino de la materia viva, de lo viviente, es la transformación... Un jardín jamás se convierte en ruinas, se transforma y se complejiza. La naturaleza inventa sin cesar, el paisajista comparte con ella la autoría del diseño».

jardinero

1 El jardín en movimiento

El concepto hace referencia al carácter aleatorio e impredecible de la evolución del jardín a lo largo del tiempo, como resultado de la interacción entre los seres vivos que allí se encuentran: microorganismos, plantas, animales, humanos. De hecho, se llama así por el desplazamiento físico de las especies vegetales en el terreno. Uno de los desplazamientos más notables por lo rápido y espectacular es el de las herbáceas de ciclo corto, anuales o bienales, que desaparecen apenas semillan y reaparecen en un lugar donde se dio vuelta la tierra o en cualquier accidente del terreno donde las semillas encontraron un lugar apto para germinar.



El jardín de Gilles Clément: Verbascum, amapolas, Digitalis y otras vagabundas. Foto: Lorène Lavocat, www.reporterre.net

La paciente sabiduría de la semilla

«La semilla es un milagro de resistencia en el tiempo. Es una reserva de vida muy sofisticada y perfecta. Lleva consigo un ser completo, que contiene todo, incluso un árbol, solo que puede permanecer durmiendo durante años, hasta que se den las circunstancias favorables para que germine. Y entonces la planta se desarrolla. Cuando un desierto florece porque ha llovido, lo que germina no son semillas que acaban de llegar porque pasó un pájaro que las dejó caer. Ya estaban allí, esperando».



Heracleum mantegazzianum, la inspiradora del jardín en movimiento

La vivienda jardín

En 1977 compró un terreno de 3 hectáreas en Crozant, una pequeña localidad a unos 30 km de su pueblo natal. Su anhelo era recuperar la diversidad de la naturaleza que había conocido de niño, cuando vivía en la zona. ¿Nostalgia? «No. Lo que buscaba era recuperar y quizás aumentar aquella diversidad, pero no me importaba si como resultado volvía a aparecer el mismo paisaje o no. La diversidad, la vida. Eso y nada más».

¿Cómo lograrlo? Si algo tenía claro era lo que no debía hacer: nada de máquinas ni de productos químicos. «Si hubiera aplicado todas esas técnicas que me

habían enseñado, sin duda habría hecho un jardín formalmente perfecto, pero tendría que haber matado todo. Y yo quería preservar la vida». Así que tuvo que inventar otra cosa. Instaló una carpa y empezó a vivir «con la naturaleza». La primera habitación de su futura casa fue la huerta. La construcción de la cabaña de piedra vendría después, poco a poco.

Un día en la ferretería del pueblo la dueña le mostró unas plantas con magníficos racimos de flores blancas y le dio unas semillas; él las sembró en la tierra y se olvidó de ellas. Cinco años después apareció un brote, justo en medio de lo que para entonces era

un camino. Gilles tuvo que decidir si arrancarlo o dejarlo ahí. Impresionado por la fuerza vital de aquella planta que había esperado años para germinar, optó por dejarla donde estaba y desvió el trazado del camino. Ese día nació el «jardín en movimiento» y su lema: dejemos actuar a la naturaleza con su inmensa energía, y tratemos de trabajar con ella, no contra ella.

Las vagabundas

«El jardín en movimiento es el de las plantas vagabundas, esas que en la naturaleza se reproducen únicamente por la siembra aleatoria que las hace aparecer aquí o allá de manera imprevisible. Las plantas vagabundas no se someten a ninguna sujeción, se rebelan contra toda pretensión de controlarlas. El viento, los pájaros, la gente que pasa, los animales, todos transportan semillas. Y allí adonde germinan es porque el lugar les viene bien. Quiere decir que saben elegir mejor de lo que lo haríamos nosotros por ellas».

No se trata únicamente de especies nativas. Precisamente por su condición de vagabundas es posible encontrarlas en lugares insospechados, a los que llegaron no se sabe cuándo ni cómo. Amapolas, nigelas, resedas, *Digitalis*, que en nuestro país se ven poco, son vagabundas comunes en el jardín de Gilles. Pero en cambio, al costado de nuestras rutas, en las cunetas y también en nuestros jardines, el ojo atento descubre otros tesoros.

El baldío

«El jardín en movimiento reivindica el terreno baldío como laboratorio y como espacio de libertad. El baldío es un lugar despreciado porque fue dejado al abandono, un espacio que en algún momento tuvo o pudo tener un uso y de pronto no hay nada. No es así: hay muchas cosas. Es un lugar lleno de vida; alcanza el máximo de diversidad al cabo de 7 años, esta sigue siendo importante al cabo de 14 años y continúa modificándose en una dinámica que tiende hacia el equilibrio (el óptimo de vegetación o "climax vegetal") que es la selva o el bosque.

»Nada en un baldío tiene que ver con la muerte. Por cierto, hay plantas que mueren, pero es para ceder su lugar a otras. La zarzamora protege a los arbolitos jóvenes, y cuando estos han crecido lo suficiente, su sombra va a hacer morir a las moras. Esa es la dinámica del baldío: cada ser sirve para algo. Detrás de una aparente anarquía —que resulta inquietante para muchos— existe un orden particular, muy dinámico, que es el orden biológico. Dejar en libertad a la naturaleza es una condición esencial para que se desencadene el proceso que hace que un terreno pueda recibir progresivamente decenas y decenas de especies, en un orden que puede ser estudiado y aprovechado».



Foto: Hans Hillewaert



Foto: Elvira Coderech



Foto: Jean Ryder



Foto: J.L.P.C

Vagabundas comunes en Francia, que en Uruguay solo se encuentran en cultivo. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Reseda alba, Digitalis purpurea, Papaver rhoeas y Nigella damascena

Ricino (Ricinus communis), una africana trotamundos que encontramos en Uruguay, en Francia, y en mil lugares desde tiempos antiguos. En China, Brasil e India la cultivan para fabricar aceite.



Foto: El



Arvejilla (Lathyrus odoratus), originaria del Mediterráneo. La encontramos formando matorrales al costado de la ruta 1, en el departamento de Colonia.



En una cuneta de la Ciudad de la Costa, la europea Echium pantagineum (flor azul) junto a la nativa Senecio brasiliensis (flor amarilla)



Verbena «de las cunetas» (Glandularia peruviana), vagabunda nativa que adorna el borde de nuestras carreteras y que insiste en reaparecer una y otra vez entre el césped prolijamente cortado de las veredas verdes de balnearios y de elegantes barrios urbanos



2 El jardín planetario

El jardín planetario es un principio. Consiste en ver la tierra como un jardín y a la humanidad como su jardinero. Surge de tres constataciones: la finitud ecológica, el entrecruzamiento natural de las especies a escala planetaria, y los efectos de la acción humana sobre la biodiversidad.

«La palabra *jardín* proviene de *garten* en alemán, espacio delimitado, cerramiento. La Tierra cumple con esa definición: es un espacio finito, limitado. No podemos extendernos indefinidamente. Es lo que se llama la finitud ecológica. La cantidad de biomasa es siempre la misma. La vida planetaria no es renovable indefinidamente, es tan preciosa como precaria. Los límites de la vida en la Tierra son los límites de la biosfera. Ese es nuestro redil».

Los vientos, las corrientes marinas, la transhumancia de animales y humanos son los vehículos de un incesante trasiego de especies que se mezclan y se redistribuyen por todos los continentes. A diferencia de la especie humana —la única especie capaz de franquear las barreras climáticas pertrechándose con artificios varios (vestimenta, viviendas, vehículos climatizados)—, las plantas y los animales se distribuyen en grandes zonas climáticas —los denominados *biomas*— según su capacidad de vivir en las condiciones allí reinantes. «El trasiego planetario amenaza la diversidad local al poner en competencia a especies con capacidad de supervivencia desigual pero al mismo tiempo induce nuevos comportamientos, nuevos paisajes, y a veces incluso nuevas especies, en un proceso de autorregulación biológica natural.

»La noción de jardín planetario coloca a la humanidad, a cada uno de nosotros, en el papel de jardinero. Plantea nuestra responsabilidad, en tanto seres dotados de conciencia, como garantes de la biodiversidad planetaria, que existe independientemente de la acción humana pero que por la acción humana puede desaparecer. Se puede ser un buen o un mal jardinero, pero todos lo somos. Y todo lo que hacemos, incluso a nivel individual, tiene un impacto. Nos volvemos "buenos" jardineros cuando tomamos conciencia de lo que esto implica; por ejemplo, cuando comprendemos que el agua que bebemos ya fue bebida y digerida por muchísimas plantas, muchísimos animales y por generaciones de seres humanos; es la misma agua. Si tomamos conciencia de la finitud espacial, de la interdependencia y la fragilidad de la materia viviente, y si tomamos medidas en consecuencia, nos convertimos en buenos jardineros. No es necesario saber de jardinería para ser un buen jardinero planetario, basta con tener la preocupación de preservar la diversidad en todas sus formas, nuestro bien común».





3 El Tercer Paisaje

Es el término con el que Gilles Clément distingue a los espacios abandonados o no explotados, urbanos y rurales, en los que la flora se ha desarrollado naturalmente. Lugares sin nombre, sin valor reconocido. Sin embargo, en todos ellos hay una diversidad de especies mucho mayor que en un campo trabajado. Son los principales refugios de la biodiversidad.

El concepto se le ocurrió a raíz de un trabajo que le fue encomendado para el lago de Vassivière (Limousin). «Alrededor del lago había, de un lado, un bosque sombrío, y del otro un campo de pastoreo, claro, lo que resultaba un paisaje binario, equilibrado. Pero yo buscaba la diversidad. Y no la encontré ni en un lado ni en el otro: en el bosque plantado, nada; y en la pradera poca cosa, a causa de los fertilizantes y del pastoreo. En cambio encontré la diversidad en sitios marginales, adonde la gente no va: en terrenos baldíos, en turberas, al borde de las rutas, en los taludes de las vías férreas, en las cunetas; es decir, en una serie de paisajes que no tenían nada que ver entre sí pero que yo llamé "el Tercer Paisaje", pensando en las tres preguntas del abad Sieyès^(*), de la Revolución Francesa. "¿Qué es el Tercer Estado? Todo. ¿Qué ha hecho hasta ahora en el orden político? Nada. ¿Qué pide? Convertirse en algo". El Tercer Estado era la inmensa mayoría, pero no había hecho gran cosa porque no tenía los medios. Análogamente, el Tercer Paisaje es esa multiplicidad de sitios dejados de lado, que no han dicho mucha cosa porque no han tenido los medios de expresarse. En un contexto general de abatimiento de la diversidad biológica y cultural, esos espacios sin nombre son reservas donde sobreviven especies que fueron exterminadas o expulsadas de los lugares que sí tienen nombre. Muchas de ellas son verdaderas auxiliares del jardinero que, sin esas especies, no podría trabajar en los espacios "con nombre": larvas, insectos, semillas, pájaros. Todos esos lugares son un tesoro que es preciso proteger».

* El abad Emmanuel-Joseph Sieyès, político y ensayista más que hombre de iglesia, jugó un papel importante entre los ideólogos de la Revolución Francesa. Uno de sus textos más conocidos es *Qu'est-ce que le Tiers-État ?*, un panfleto que publicó en enero de 1789 y que tuvo una enorme difusión. En él hacía un análisis de la crisis por la que atravesaba Francia y planteaba que el Tercer Estado (que abarcaba 98% de la población pero carecía de todo peso político) no necesitaba de los otros dos órdenes (clero y nobleza). Sus planteos tuvieron una influencia decisiva en la instalación de la Asamblea Nacional Constituyente que dio inicio a la Revolución.



Arriba: Baldío completamente cubierto de vegetación, señal de que no ha habido intervención humana durante varios años. En primer plano, la campanilla nativa Ipomea cairica, que siguió avanzando sobre el cerco del terreno vecino. Foto: EJ

Abajo: Algunas de las vagabundas que encontraron en este baldío un lugar para hacer escala. De izquierda a derecha: Commelina erecta (aún sin nombre común en Uruguay), matacaballo (Solanum sisymbriifolium), yerba del lucero o lucera (Pluchea digitalis), falsa viznaga (Ammi majus) y Eupatorium macrocephalum (otra nativa innominada). Fotos: EJ

El jardín del poder

«En el jardín occidental clásico la manera de tratar el espacio apunta a hacer una demostración de poder. El ejemplo típico es el parque del palacio de Versalles. Allí de alguna manera están todas las ideas de la Ilustración: el absoluto dominio del hombre sobre la naturaleza; la idea de que la naturaleza está desordenada y que el hombre la puede ordenar gracias a unas reglas supuestamente divinas, las de la geometría. Es una ilusión, pero una ilusión que se traduce estilísticamente en algo muy definido, con reglas precisas, haciendo que la mirada se pierda en el horizonte para mostrar que el poder va más allá de la superficie del propio jardín, que por cierto es inmenso.

»Esas ideas tenían su razón de ser en el siglo XVIII: era la época de la Enciclopedia, de florecimiento del pensamiento científico y filosófico, y todo hacía pensar que el humano era un ser superior. Pero desde entonces nuestra relación con el paisaje, las plantas y los animales ha cambiado mucho. Hoy sabemos que no podemos manejar completamente la naturaleza. Y hemos comprendido también que la naturaleza no es algo ajeno, fuera de nosotros, sino que, al contrario, formamos parte de ella. Todo esto no significa que haya que borrar completamente el pasado; hay que reinterpretarlo e integrarlo en la diversidad de los jardines que hacemos hoy».

La ingeniería natural

«Suponer que dominamos y ordenamos el mundo es falso: el mundo natural se regula solo. Para dominar y controlar hay que esterilizar. Al esterilizar, tenemos la impresión de dominar. Lo que hacemos es exterminar. Eso no me interesa, prefiero utilizar las energías y la ingeniería de la naturaleza, que son inconmensurables.

»La ingeniería natural es el conjunto de mutuos acomodos y adaptaciones que hacen los seres vivos —las plantas y los animales principalmente, es decir, con independencia de los humanos— para asegurar el mantenimiento de la vida a lo largo de milenios de evolución. Es una ingeniería increíblemente eficaz; cuando una planta emite una toxina por medio de sus raíces y con ella elimina los yuyos a su alrededor para hacerse un lugar, uno no puede menos que preguntarse cómo es posible que nosotros actuemos tan torpe y brutalmente, aplicando herbicidas químicos que son dañinos. La ingeniería natural es lo contrario: es un diálogo permanente entre todas las especies, animales y vegetales. Es muy poco lo que conocemos de esa inmensa inventiva de la naturaleza y menos aún sabemos cómo aprovecharla. La jardinería del futuro deberá basarse en ella».



Foto: Gilles Clément



Foto: Gilles Clément

El parque André Citroën

Cuando Gilles Clément descubrió los principios del jardín en movimiento en Crozant, pensaba que estaba creando un lugar para sí mismo y nada más. No se imaginaba que se convertiría en un modelo de referencia para otros jardines y parques. La primera oportunidad de aplicarlo en el diseño de un espacio público se le presentó en 1986 cuando ganó, junto con un equipo de otros profesionales, el concurso para transformar en parque público 14 hectáreas del terreno al borde del Sena que había ocupado durante décadas la famosa fábrica de automóviles Citroën.

«Los clientes aceptaron, pese a que tenían miedo de lo que podría pasar. Se trataba de ofrecer a un público de ciudad un parque con una idea de jardín completamente diferente a la de otros grandes parques creados con otros fines (como predios feriales o para hacer deporte). El parque André Citroën se propuso ser realmente un jardín. Traer la naturaleza a una zona completamente urbanizada.

»Con respecto a su composición, fue pensado en consonancia con el urbanismo general de París, y en particular con el de la *rive gauche* del Sena, donde se encuentran otros grandes jardines instalados desde hace mucho tiempo: Jardín des Plantes, Esplanade des Invalides, Champ de Mars. Todos ellos están situados en forma perpendicular al río y tienen un gran vacío arquitectónico central. Eso les confiere una dimensión monumental que también aplicamos aquí».

La planta geométrica está organizada en torno a una enorme explanada verde, por la que se puede llegar caminando hasta la orilla misma del Sena. En el extremo opuesto al río se alzan dos inmensos invernaderos. A ambos lados de la explanada se distribuyen los espacios enjardinados, cada uno de los cuales forma un ecosistema específico, caracterizado temáticamente. Si bien el movimiento está presente en todos ellos, el Jardín en Movimiento propiamente dicho es una parcela al norte, del lado del río. A diferencia del jardín de Gilles Clément en Crozant, aquí no existía un terreno baldío maduro como punto de partida: hubo que crearlo. Se instalaron algunos árboles y arbustos y se formaron pantallas vivas de bambúes con la finalidad de proporcionar una estructura identificable a lo largo de todas las estaciones. Se plantaron matas espinosas destinadas a ser topiadas en forma de bolas bajas a modo de clavos para que, por contraste, hicieran más evidente el movimiento de las herbáceas a su alrededor.

Inicialmente se sembraron tres mezclas de semillas: 1) una mezcla de especies capaces de soportar suelos anegados, destinadas a las depresiones del terreno; 2) una mezcla de especies capaces de soportar suelos secos, destinadas a las superficies planas; 3) una mezcla similar a la anterior pero con un 50% de gramíneas capaces de soportar el pisoteo, para las zonas que se suponía serían más transitadas por los visitantes.

De la mecánica ilustrada a la creación compartida

«El jardín en movimiento da prioridad al dinamismo del lugar, a los cambios que producen las propias plantas, pero eso no excluye la intervención del jardinero. Solo que este tiene que encontrar su propio lugar. Tuve que dar cursos a los jardineros del parque André Citroën durante dos años para que aprendieran a mantenerlo de cierta manera, y dejaron de lado las prácticas de manejo de los siglos XVIII y XIX (que significan un gran gasto de dinero para hacer muchas cosas inútiles y muchas veces horribles). Tuvieron que aprender que hacer jardines con la naturaleza también lleva tiempo y esfuerzo. Tiempo de observar, de estudiar cada día, tiempo de comprender y de actuar con mucho cuidado, delicadamente, en el momento y lugar indicados. No con máquinas enormes y ruidosas que contaminan el aire, ni venenos. No, es de tanto en tanto intervenir un poco, hacer lo más posible contrariando lo menos posible la acción de la naturaleza».

En el parque André Citroën el diseño de los espacios en movimiento no es únicamente obra de los jardineros, sino del público. Este no es un jardín tieso, pulcro y acicalado donde el visitante tiene la sensación de estar molestando. Las «islas» de flores, por ejemplo, son resultado tanto de la acción de lo que los jardineros eligen conservar o eliminar como de los hábitos de circulación que adoptan los visitantes.

«Es necesario reencontrar una poética del jardín, un uso placentero del jardín. Si un jardín no nos produce placer, entonces quiere decir que probablemente no estamos en un jardín. Estaremos en otra cosa, en algo que se habrá querido hacer, un ordenamiento del espacio, algo así, pero no un jardín. Si nos resulta placentero, si uno se siente bien allí, si dan ganas de quedarse, entonces sí, aunque no entendamos nada de jardinería, estamos en un jardín. Y eso está bien».

Página opuesta

Arriba: Vista de los jardines del palacio de Versalles, diseñados por André Le Nôtre a fines del siglo XVII

Al medio: Vista del Jardín en Movimiento del parque André Citroën, diseñado por Gilles Clément

Abajo: Vista del jardín de la Escuela Normal Superior de Lyon, otro ejemplo de jardín en movimiento diseñado por Gilles Clément

Fuentes de este artículo: *Le jardin en mouvement, de la Vallée au jardin planétaire*, de Gilles Clément (2006), Sens et Tonka Eds.; www.gillesclement.com, Zoé Varier (www.franceinter.fr), www.ina.fr, Clara Breteau (www.kaizen-magazine.com), Lorène Lavocat (www.reporterre.net), Alfredo Erlwein (Pontificia Universidad Católica de Chile), Olivier Lambert (www.sam.tv) conferencia "Jardín planetario y Tercer Paisaje: proyectar con y no contra la naturaleza" (Universidad de Zaragoza), Créateurs de Culture de Kaizen publicspace.org, www.portaldojardim.com